

# Prueba temporal

Cristian Romero



Jonathan Carvajal, Polar, collage.

fecha para viajar al pasado o al futuro, y por último, accionar este botón...

El científico desapareció con su máquina y dejó una ráfaga de colores en el aire. Todos los presentes se miraron consternados. Al cabo de un momento, apareció otra vez la máquina. La compuerta se abrió y salió el científico con su ropa andrajosa y la cara mugrosa y barbada.

—Acabo de ir al pasado, a la época prehistórica. Estuve una semana, y como prueba de ello, he traído videos y fotografías. Observen ustedes mismos.

La consternación se agudizó. Todos los presentes se abalanzaron sobre las pruebas.

—¿Y cuándo podemos viajar nosotros? — preguntó uno de los matemáticos invitados.

—El viajero necesita un entrenamiento físico de seis meses. Su cuerpo tiene que ser habituado a la presión de la máquina — hablaba solemnemente, mientras se limpiaba la cara—; fui mi propio conejillo de indias, pero ya mismo estoy preparando un programa que empezaremos la otra semana.

—Caballeros, con mi máquina es muy sencillo viajar en el tiempo — dijo el científico a los pocos invitados a la exposición de su invento —. Sólo tengo que programar la

Todos seguían absortos en las fotografías y videos. Pero uno de los periodistas invitados,

conocido por su escepticismo y su querer siempre llevar la contraria, levantó la mano y dijo:

—La verdad, todavía no estoy convencido. En estos días de evolución tecnológica, cualquier truco se puede hacer con una máquina, una fotografía o un video —hablaba muy orgulloso de su prepotencia—, y yo opino que las leyes físicas no pueden permitir un viaje en el tiempo tan fácilmente. Pido pruebas más contundentes.

—¿Como cuáles, caballero?—le respondió el científico, que se cambiaba de chaqueta por una más limpia.

—Si es tan sencillo como usted lo dice, quiero que lleve esto al pasado, cincuenta años atrás para ser más exacto—. Se metió una mano a su bolsillo y sacó una tela. —Este pañuelo.

Reinaba un silencio absoluto, todos estaban atentos a la conversación. Señalando un cuadro de Albert Einstein que había al fondo del recinto, el periodista agregó:

—Lo pone detrás de aquel cuadro. Tengo entendido que es una antigüedad en esta universidad. Si es cierto lo de sus viajes temporales, lo encontraremos muy envejecido inmediatamente usted lo deje y vuelva.

Mientras escuchaba la propuesta, el científico se rascaba su poblada barba con los ojos mirando el suelo.

—Mmmmm, muy interesante. ¡Acepto, caballero! Además, fírmelo, para que sea más convincente—. Su voz sonaba claramente emocionada.



Jonathan Carvajal, Ser sobre ser, dibujo digital.

El periodista lo firmó. El científico caminó hacia su interlocutor y tomó el pañuelo. Era de una tela muy fina, se podía sentir al tocarla. —Lindo pañuelo —le dijo irónicamente al periodista—. Ahora, acompáñeme.

El científico caminó hacia la pared donde estaba el cuadro de Einstein. Todos los presentes encabezados por el retador lo siguieron.

—Muy bien, como usted lo pidió, aquí está el pañuelo.

Descolgó el cuadro y le propinó un rodillazo a la cara del relativista, no sin antes susurrar: “perdóname señor Einstein”. Detrás de la imagen había un pañuelo que dejó una estela

de polvo en el aire cuando lo sacó. Lo extendió junto al que le había dado el periodista. Eran simétricamente iguales, sólo que el que acababa de sacar estaba viejo y desgastado, pero la firma era totalmente legible.

—¿Pero, cómo...? —trató de modular palabra el retador.

—Si esto iba a ocurrir, en teoría ya debería estar el pañuelo en este cuadro —respondió el científico orgullosamente.

—Pero si usted no fue al pasado a dejarlo —agregó uno de los presentes.

—No se preocupe, ya mismo lo voy a hacer.

El científico fue a su máquina del tiempo, la activó, y viajó al pasado.

Cristian Romero hace parte del Taller de Creación Literaria de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia.